



dian el rumor á los placeres y la felicidad de no hacer nada. No tratando de ver las cosas con sus propios ojos, ignoraban el arte de la guerra y la administracion, no oían las quejas ni sabían las necesidades de los pueblos, contentándose con la relacion de un confidente astuto, intrigante ó venal.

¿Podían ya los ciudadanos amar semejante patria? Libres del servicio militar por el temor, excluidos de las discusiones públicas por la constitucion, considerando como deshonorosa la industria, ¿qué quedaba al pueblo y á los ricos? El ócio, ó bien desfogar su turbulenta energía en los bandos del circo y en los desórdenes del lujo. La escuela estoica era seguida por los mejores, y su mayor gloria es el haber producido al sabio Nerva, al glorioso Trajano, al valiente Adriano y al virtuoso Antonino; pero con más frecuencia, aislando al hombre, por considerar como el colmo de la felicidad la apatía, no producía mejoras sociales, ni inspiraba más que egoísmo y arrogancia en vez de acciones espontáneas y generosas. Las doctrinas de Epicuro, que el inhumano patriotismo de Fabricio habia deseado ver profesadas por los enemigos de Roma, prevalecieron, quitando á los ánimos el freno con que aún podia contenerlos el temor de los dioses, y los romanos se lanzaron á los placeres con su vigor característico, y para proporcionárselos se miraron como medios licitos de ganancia la corrupcion, el perjurio, los falsos testimonios y el latrocinio descubierto.

La única vez que los romanos manifestaron algun vigor, fué al rechazar la ley Papia Poppaea, que reprimía el libertinaje. La afición á los espectáculos llegaba hasta el delirio. «Cuando saben (dice Amiano Marcelino) que vienen de algun sitio cocheros ó caballos, se agolpan en torno del narrador, como sus antepasados escuchaban atónitos á los hijos de Leda, nuncios de la victoria. La plebe consume su vida en el juego, en el vino, en los lupanares y en los espectáculos; el circo Máximo es el centro de su esperanza, su templo, su habitación, su parlamento. El pueblo se reúne en los foros, en las encrucijadas y en las plazas; y el que goza de más autoridad va gri-

»tando por las calles que no puede sostenerse »la república si en los próximos juegos tal áuriga, protegido suyo, no es el primero en »lanzarse de la cárcel y dar vuelta á la meta. »Apénas amanece el día de los juegos ecuestres, ántes que el sol muestre su espléndida »faz, acuden á ellos precipitadamente, superando en velocidad á los coches dispuestos »para entrar en liza; muchos pasan en vela la »noche temiendo que sucumba su facción favorita (1).» Hemos visto ya á los ciudadanos de Tesalónica, por acudir al teatro, olvidar todo lo que debían temer de Teodosio, y poseidos por aquel placer, dejarse degollar. San Agustín y Orosio cuentan, que los romanos que habían huido de Alarico á Cartago, estaban en los teatros todo el día; no creían que les habia sucedido ninguna desgracia si recobraban los juegos del circo; la espada gótica no habia causado daño á Roma, si los ciudadanos podían volver á gozar de estos juegos (2), y de aquí provino la frase feliz de Salviano: «El pueblo muere y se rie (3).» ¡Qué indiferencia por los sucesos de la patria!

Salviano reconoce tambien por esta manía á los de Tréveris, que, apenas hubo cesado el azote de los bárbaros, pidieron de los emperadores que les concediesen los juegos del circo, como suficiente compensacion por lo que habían padecido. «¡Desgraciados! ¿dónde los celebrareís? ¿Sobre las cenizas y los huesos de vuestros conciudadanos? Todos lloran, y vosotros, alegres en medio de pecaminosos placeres, provocais á Dios é irritais su cólera con infames supersticiones.»

El libro de este elocuente escritor demuestra desde el principio hasta el fin, la corrupcion, ó más bien la falta de costumbres de la antigua sociedad, y tambien cuánto habían perdido los cristianos de su pureza primitiva. Decuriones y senadores, á fuerza de herencias y de usurpaciones, sucediendo á una infinidad de familias reducidas á la servidumbre ó á la mendicidad, habían llegado á poseer provincias

(1) Lib. XXVIII.

(2) S. Agust. *De civ. Dei*, I, 32.—Orosio, I, 6.

(3) *De Provid.*



enteras, y considerándose como centro de un pequeño mundo, se curaban poco de lo demás. Los hijos del moro Nabal poseían las costas africanas del Mediterráneo en una extension de treinta grados; seis ciudadanos poseían toda el Africa proconsular; Macrino, al ser elegido emperador, se hallaba en estado de poder satisfacer con sus rentas los gastos del Estado; y á ser cierto lo que dice Olimpiodoro, muchas familias, y no de las más principales, disfrutaban una renta de 1.500 libras de oro, que hoy vendrían á ser unos cinco millones de francos. Si el godo ocupaba á uno de estos opulentos sus tierras de la Tracia, quedábanle todavía otras inmensas en España; si el borgoñon le quemaba en la Galia la cosecha, sus olivares de la Siria le seguían dando fruto. De aquí la maravillosa imprevision de unos hombres alegres al borde del sepulcro; de aquí los abusos de su arrogancia, porque, ¿qué magistrado habia de exigir obediencia del poseedor de provincias enteras?

La economía y la prevision son virtudes propias de la clase media, en la cual el deseo de conservar y mejorar la condicion propia mantiene ese progreso que forma la vida y produce las mejoras de nuestra sociedad, y da pábulos á las virtudes domésticas, al espíritu de asociacion, al sentimiento de la igualdad, base de la justicia. El que vive gozando y padeciendo con sus iguales, participando de sus intereses y pasiones, no se encierra en sí mismo como el opulento, ni como el mendigo se entrega á la desesperacion, sino que busca el provecho propio en el provecho comun, y ama á la patria, porque de ella ve depender su prosperidad ó decadencia; por lo cual conserva los recuerdos que alientan el valor y alimentan la esperanza.

Habíase perdido tan útil clase en el imperio, compuesto sólo de opulentos ricos y de pobres, y entre estas dos clases el abismo. Anidábase en las grandes ciudades una mezcla de artesanos y libertos que se mantenían del escaso comercio que les dejaba ejercer el monopolio imperial, y ofreciendo alimento al lujo y la voluptuosidad de los señores; clase pobre y vilipendiada, inquieta y revoltosa, amenaza-

dora y tímida. No se agitaba ya esta gente, como en tiempo de los coriolianos, por conservar sus derechos, ó por los intereses de la patria, sino sólo para pedir pan y juegos; gritar que fuesen arrojados los cristianos á las fieras, y para sostener por dinero las intrigas de eunucos y favoritos, que vendiendo la gracia del monarca, se enriquecían desmesuradamente en pocos años.

En las provincias, la nobleza imperial, á quien correspondían las elevadas magistraturas, se asemejaba á la de Roma, y difundía á lo lejos la corrupcion de la metrópoli; y la nobleza del campo, investida de los honores municipales, pretendía imitar estos modelos.

La comunidad de la ciudadanía fué acumulando en poder de un número cada vez menor las riquezas itálicas, porque en breve se despoblaron los campos y las ciudades para ir sus habitantes á gozar y á pretender á Roma. Allí debían vivir en el ócio; y por esto en vez del grano, se daba pan, carne, ropas hechas y dinero, todo á expensas de las provincias. Las corporaciones de artesanos estaban de tal modo gravadas, que no podríamos comprender cómo se conservaron, si no supiésemos que los emperadores podían compeler á cualquiera á entrar en ellas, y que una vez allí, el que entraba no volvía á salir, y el que salía era obligado á volver y tratado como desertor. La comunidad de la ciudadanía romana no hizo más que despoblar á Italia, llevando á Roma á todos los señores y desocupados; tampoco fué de mucho provecho á los provincianos, atento á que no producía otro más que el de tener un consejo municipal compuesto de ciudadanos que gozaban de cierta renta, y cuya principal atribucion era exigir los impuestos. Siendo todos ciudadanos romanos, creció el número de los ociosos á quienes debia mantener el tesoro, cuyas necesidades se aumentaron á medida que se disminuyeron sus rentas.

Los campesinos, parte tan importante y principal de la poblacion moderna, estaban divididos en colonos libres y en esclavos, diferenciándose más de nombre que de hecho, y siendo en poco superiores á las bestias que les ayudaban en sus labores. Sus apartados señores



res, dueños de inmensas propiedades, confiaban su administración á cualquier esclavo ó libertado favorito, que ejercía sobre los esclavos el despotismo soberbio y cruel del siervo que manda. Los amos, lejos de inspirarles patrióticos sentimientos ó de alentar su valor, les tenían desarmados y en la ignorancia para que nunca pudiesen volver contra los tiranos el brazo ó el pensamiento. El colono no tenía medio alguno legal de hacer llegar sus quejas al señor; ó contra el señor; sujetos á un cánón siempre creciente, contraia deudas; cuando la opresión llegaba á su colmo huía, abandonando casa, campos y familia para ponerse al servicio de otro, con el cual sucedía inevitablemente lo mismo; y esto en el caso de que el primitivo dueño no le reclamase con los sumarios procedimientos que establecían las leyes.

Si hay alguna cosa que compense la pérdida de la libertad, seguramente que se encontraban en mejor condición los cultivadores esclavos, á lo ménos mantenidos por el señor, afanoso por conservar aquellas máquinas animadas. Empero los trabajos y la dureza de los capataces les consumían, y no habiéndose vuelto á llenar el vacío que dejaban las victorias que habían cesado, era preciso comprarlos á los bárbaros vencedores ó entre aquellos que por pena eran privados de la libertad. Poco dispuestos estos á sufrir una opresión en que no habían nacido, tan sólo el látigo ó las cadenas los amansaban; á la primera ocasión huían para vivir vagabundos, ó bien, concertándose entre sí, daban muerte á sus dueños y se echaban á los bosques con el nombre de bagaudas, limigantes ú otro, viviendo allí armados al modo de los cimarrones en las colonias americanas. Salviano se inclina á justificar estas sublevaciones, y dice: «¿Cómo hemos de llamar rebeldes y reos á los que nosotros mismos hemos impulsado al delito?»

Estos infelices, no esperando ya en los romanos, halagaban á los bárbaros, aprendían su lengua, les servían de guías, insultando las miserias del pueblo de cuyas cadenas se habían librado (1), ó bien saliendo de sus guar-

(1) Sid. Apollin., Ep. V, 5. Dice de Escronato: «Exultans Gothis, insultansque romanis, leges theo-

das, cayendo sobre los cultivadores, aumentaban sus miserias. El propietario acometido ó amenazado, si era algún rico senador, podía invocar la fuerza pública; pero el pequeño propietario se veía expuesto inerte al ataque, por estarle prohibido por la ley el uso de armas (1). ¿Qué le quedaba, pues? Vender su campo á su opulento vecino, ó dejarlo inculto; esto si el fisco no se lo embargaba en pago de las gravosas contribuciones, porque ya esta plaga de los derechos fiscales que hemos indicado, se había empeorado con una serie de vejaciones inventadas por la refinada avaricia de los emperadores, y otra serie de servidumbres que encadenaban las personas y los bienes. Aquí había esclavos que pertenecían á los señores; allí colonos que pertenecían al terreno; artesanos que pertenecían á la manufactura, decuriones que pertenecían al municipio con sus personas, sus bienes, sus hijos, su herencia y su amor (2). Un gobierno ignorante del arte de producir las riquezas que malgastaba, después de cegada su única fuente, las conquistas, tuvo que empobrecer á los súbditos con una tiranía que se extendía hasta las más pequeñas particularidades. A medida que el imperio declinaba cesaron las utilidades eventuales que su poder llevaba á las provincias, y cada vez más necesitado de hombres y dinero, pedía tanto más á sus súbditos cuanto ménos atendía á su bienestar.

Pero cuando los súbditos, para quienes aquellos impuestos eran excesivos, no pagaban, los decuriones se veían obligados á pagar por ellos; si algunos propietarios abandonaban los terrenos, se imponía á los demás la obligación de comprarlos; y si los decuriones, aborrecidos como opresores, y tiranos á su vez por estar tiranizados, huían de aquella carga, se obligaba por la fuerza á tomarla á los bastar-

dosianas calcans theodoricasque propenens... Barbaris provincias propinans.» VII, 7.

(1) Nulli prosumus, nobis insciis atque inconsultis, quorumlibet armorum movendorum copia tribuatur.» Ley de Valentiniano, Cod. Teod. XV, 15, 1.

(2) «Filia curialis, si genitilis soli amore neglecto, in alia voluerit nubere civitate, quartam mox omnium facultatum suarum ordini conferat, a quo se alienari desiderat.» Nov. Major, t. IV.



dos, á los hebreos, á los sacerdotes indignos, ó á los soldados fugitivos.

Por tanto, «el título de ciudadano romano, en otro tiempo tan estimado y comprado á tan gran precio, era esquivado y rechazado como infame; el sistema de los municipios, que dió á la Italia dos momentos de grandeza, quedaba por la avidez del erario y por las estorsiones de los exactores, reducido á un sistema de más vasta é inmediata opresión. Cuando la capital fué trasladada á Constantinopla, toda la multitud que afluía á Roma se trasladó también buscando el pan y los placeres, dejando á la Italia despoblada, sus campos desiertos, y á las ciudades sin patrimonio, sin jefes, y sin que valiesen ya para la propia defensa.

Y digo para la defensa propia, no para la del Estado, porque ¿cómo podían interesarse por éste cuando á él no les ligaba más lazo que el sanguinario de los tributos? El método de exacción de los bárbaros, sencillo por lo arbitrario, molestaba ménos que la lenta opresión de un gobierno corrompido, en que los males de una libertad perdida sobrevivían juntamente con los horrores de una servidumbre real; y los millares de esclavos esperaban con ansia la hora de ver humillados á sus orgullosos señores, y de lanzar á su rostro las cadenas que hasta entónces habían llevado. Los campesinos, sometidos á la enorme capitación y sujetos á excesivos servicios corporales, ofrecían subs razos á todo el que les prometía algún descanso, ó á lo ménos una mudanza de males; y el ciudadano se revolvió para desembarazarse de aquella inmensa red de tiranía que envolvía á todos, desde el emperador hasta el último esclavo.

En esta situación, ¿cómo despertar el patriotismo? Y fuera de este, ¿qué resorte quedaba para mover las antiguas sociedades?

La religión nacional había decaído hácia los últimos tiempos de la república, y los esfuerzos de Augusto para restablecerla, como elemento de orden, fueron en vano. Una religión fundada en la creencia de un solo Dios, puede, aunque se extravíe, volver á sus principios, teniendo un punto de partida fijo. La la-

tina, careciendo de una base única y sólida, sin moralidad interior, en contradicción con la razón y con las necesidades espirituales y de la época, no podía volver á restaurarse apenas se descompusiese el edificio. Los Antoninos intentaron purificarla introduciendo en ella la filosofía estóica, y en efecto, salieron ilustres reyes y vigorosos magistrados; pero aquella escuela, además de sus defectos interiores, tenía el de que nunca podía llegar á ser popular, como debe serlo una religión.

El cristianismo tenía en sí el verdadero remedio: las virtudes civiles y las privadas estaban refugiadas en el santuario, y el clero se encontraba por la ley romana libre de tributos y de las tan odiosas cargas curiales, y por la ley cristiana se le vedaba embrutecerse en el ocio y en el orgullo; pero los austeros monjes en el desierto, y los sacerdotes en las ciudades, lejos de amparar al mundo antiguo, invocaban el nuevo. Porque decir que una sociedad se disuelve, significa que otra se anima en su seno, cuya fermentación descompone los elementos de la anterior para que entren en nuevas combinaciones. Así también el primer diente del niño se mueve y cae cuando el segundo, más robusto, le empuja para hacerse camino; operación que no se efectúa sin dolores y padecimientos de todo el cuerpo. Otro tanto se vió en el imperio, en el cual la nueva doctrina, aunque vital y santa, debía descomponer para insinuarse el orden que subsistía en la apariencia, aunque en realidad estaba destruido. La unidad, carácter ó deseo de la política romana, pereció cuando se hizo doble el interés de esta; esto es, cuando tuvo que mirar á la patria y al cristianismo; por lo cual, no pudiendo resistir el nuevo desarrollo, se deshizo.

Al principio, los emperadores declararon la guerra á una parte cada vez mayor de súbditos, la cual se vió reducida á mirar como enemigo á un gobierno, que con desapiadados medios quería encadenar la más libre de las cosas, la religión. Cuanto más se les atropellaba, más se separaban de él y más se unían entre sí. «Si se vive bajo un régimen inicuo (dice Orígenes) contra Celso, y no es posible librarse de él



»emigrando, resulta que aquellos que se encuentran unidos por un mismo interés espiritual, se agrupan para defenderlo contra las leyes existentes. Así los cristianos se han coligado en un imperio pagano, cuya constitución es más insensata que la de los escitas; pero como su unión tiene por objeto la verdad, aunque se oponga á las leyes, no se opone al derecho moral ni á la razón.» Desobedecían, pues, y con esto se rebajaba la disciplina; los magistrados experimentaban la dura lucha entre la conciencia y la legalidad; en una misma población, y aun en una misma casa, se encontraba un ciudadano enemigo del otro, y se aflojaban todos los lazos de la sociedad y de la familia.

Prevaleció por fin la verdad; pero un gran número se mantuvo aferrado á las antiguas prácticas, y cada nueva revolución religiosa causaba un daño seguro al Estado. Porque ya levantase el lávaro Constantino, ya Juliano restaurase los ídolos, ó ya Joviano restableciese la cruz, el imperio quedaba privado de la cabeza y del brazo de aquellos á quienes, ó su conciencia no les permitía permanecer al lado de los que tenían creencias diferentes, ó que no eran consentidos por la intorancia.

La Iglesia, tan pronto atormentada por las herejías, no pudo dedicarse únicamente á reformar las costumbres mediante las leyes civiles. El triunfo de la teología ocupó toda la atención de los grandes escritores, por lo cual no debe culparse á la política de la Iglesia, porque si la moral era la consecuencia, la premisa era el dogma, y sin éste la moral hubiera sucumbido en el choque con la barbarie, pues de la filosofía sola no hubiera podido salir una civilización duradera. Sin embargo, la moral y su práctica, por medio de las leyes civiles, no estaba descuidada; y esto lo manifiestan los discursos de los Santos Padres. Al mismo tiempo que los campeones asentaban sólidamente la verdad, una multitud de sacerdotes y de monjes difundían la moral. Pero sus mismos lamentos revelan cuán embarazada se veía por las antiguas costumbres. Que si parece extraño que una fe que impulsó á tan generosos esfuerzos, poco ó nada influyese en la cosa pú-

blica, debe tenerse presente, que aun en tiempo de emperadores cristianos, el gobierno se conservó gentilicio; que exceptuando algunas leyes de derecho privado, la religión no dirigía los intereses públicos, y que no salió un emperador, de tanto carácter ó de espíritu tan profundo, que crease un nuevo régimen en conformidad con la verdadera noción de Dios y del hombre.

Así, pues, aunque al parecer se hubiesen reconciliado la sociedad civil y la religión, en el fondo estaban todavía apartadas y en contradicción, como diversas que eran en su origen y en su esencia. La nueva fe no había descendido del cielo tan sólo para el romano, como el Paladio y los Ancilios, sino que abarcando en su justicia y su caridad á todo el género humano, sustituía el amor al estrecho patriotismo antiguo. Comprendían los cristianos, y no tan sólo los cristianos, que para regenerar el Estado no bastaba mudar las costumbres y el habla romana, sino que era preciso cambiar la dirección en el gobierno; siendo esta la única salvación, no del imperio, sino de la sociedad, cuando ya los bárbaros combatían en sus filas y gobernaban, ó á veces también se sentaban en el trono. Lejos, pues, de llorar la ruina de una sociedad que excluía toda otra, veían en la invasión de los godos (1) una extensión de los derechos comunes, un rejuvenecimiento necesario; y en las desdichas de Roma, el justo castigo de sus sangrientas iniquidades.

No trataban, pues, de fortificar de nuevo el patriótico egoísmo y el odio contra todas las naciones; antes bien fulminaban contra la nueva Babel las amenazas de los profetas contra la antigua; y comprendiendo que en su caída se manifestaban el triunfo de la verdad y la ley de la Providencia, parecían gozarse en los males de la ciudad terrena que venían á ser la glorificación de la ciudad celeste. De esto sacaban su más acerva acusación los gentiles, y con esto quedaban cada vez más flojos los lazos sociales, y se introducía un espíritu de desconfianza y de persecución.

(1) Nótese que los escritores eclesiásticos manifiestan sentimientos muy distintos para con los hunnos de Atila y los vándalos de Genserico.



Las instituciones introducidas, y las abolidas por el cristianismo, llevaban en pos de sí la ruina de otras: los municipios cayeron en la miseria cuando Constantino aplicó sus bienes á las iglesias; la milicia y la magistratura no eran ya la única mira de los fuertes y de los pensadores, porque también les llamaba la atención el monasterio ó la escuela; y las exenciones concedidas al clero redundaban en perjuicio del lego. Cuando arreciaba el peligro, ámbos partidos, mostrándose exagerados, los unos ponían toda su confianza en los mártires y en los milagros, y los otros en los antiguos ritos; en vez de buscar las razones presentes de los males y sus remedios, los cristianos no veían en ellos más que el aviso ó el castigo de Dios, y los gentiles, la venganza de los númenes abandonados. Devasta Radagaiso la Italia, y se alegran los paganos, esperando que sus ruinas sepulten el culto de sus adversarios; y cuando Libiano implora del prefecto Icario socorros para remediar el hambre y la peste de Antioquía, recibe por respuesta que no merecen méritos los aborrecidos de Dios (1).

(1) El decaimiento personal del imperio, no podía retratarse más á lo vivo que lo que lo hace Salviano. *De gub. Dei.*, V, 5, 8: «Inter hæc vastantur pauperes; viduae gemunt, orphani proculcantur, in tantum, ut multi eorum, et non obscuris natalibus editi, et liberaliter instituti, ad hostes fugiant, ne persecutionis publicæ afflictione moriantur. quærentes scilicet apud Barbaros romanam humanitatem, quia apud Romanos barbaram inhumanitatem ferre non possunt. El quamvis ab his ad quos confugiunt, discrepent ritu, discrepent lingua, ipso etiam, ut ita dicam, corporum atque induviarum barbaricarum factore dissentiant; malunt tamen in Barbaris pati cultum dissimilem, quam in Romanis injustitiam sævientem. Itaque passim vel ad Gothos, vel ad Bagandos, vel ad alios ubique dominantes Barbaros migrant, et commigrasse non poenitet. Malunt enim sub specie captivitatis vivere liberi, quam sub specie libertatis esse captivi. Itaque nomen civium romanorum, aliquando non solum magno aestimatum, sed magno emptum, nunc ultro repudiatur, ac fugitur, nec vile tantum, sed etiam abominabile pene habetur. Ecquod esse majus testimonium romanæ iniquitatis potest, quam quod plerique et honesti, et nobiles, et quibus romanus status summo et splendore esse debuit et honori, ad hoc tamen romanæ iniquitatis crudelitate compulsi sunt, ut nolint esse Romani?»

Y poco despues: «Ubi, aut in quibus sunt, nisi in Romanis tantum, hæc mala? Quorum injusticia tanta,

¿Qué vemos, pues, en Roma en sus últimos tiempos? En el trono, una magnificencia afeminada; usurpadores que se disputan las provincias sin saberlas defender; las cosas públicas en manos de esclavos, de extranjeros y de eunucos; cortesanos que suscitan intrigas; obispos en lucha y cisma entre sí; generales bárbaros, y soldados bárbaros en los ejércitos; decuriones obligados por la fuerza á desempeñar los gravosísimos honores municipales; magistrados que, como en un naufragio, procuran salvar algún resto de poder y de riqueza; una plebe ignorante, sin costumbres, inerme, que oprimida por las desgracias, pretende siempre y espera del porvenir lo que el presente no le puede dar, y con odio no pocas veces injusto, despedaza á los que con desconsiderado entusiasmo elevó al trono; hasta que sumida en la postración de ánimo que nace de la servidumbre y de la continuación de los males, mira impasible cómo se deshace un orden de cosas que ni teme ni ama, y para librarse de los males duraderos que la oprimen, desea hasta los pasajeros desastres de la guerra.

Con gente semejante se encontraban cara á cara los bárbaros numerosos, de espíritu guerrero, ricos en virtudes domésticas y en los vicios de la fuerza. Sus jefes, elegidos por su mérito y en la flor de su edad, contrastaban con los negligentes Augustos; sus asambleas generales, celebradas á cielo descubierto, con las intrigas de los gabinetes romanos; sus ejércitos desnudos y atrevidos, con las tropas compradas, enemigas de la disciplina. Los germanos deseaban conquistar una patria; los romanos no se cura-

nisi nostra? Franci enim hoc scelus nesciunt, Hunni ab his sceleribus immunes sunt. Nihil horum est apud Vandalos, nihil horum apud Gothos. Tam longe enim est, ut hæc inter Gothos Barbari tolerent, ut ne Romani quidem, qui inter eos vivunt, ista patiantur. Itaque unum illic Romanorum omnium votum est, ne umquam eos necesse sit in jus transire Romanorum. Una et consentiens illic romanæ plebis oratio, ut liceat eis vitam, quam agunt, agere cum Barbaris. Et miramur, si non vicantur a nostris partibus Gothi, cum malint apud eos esse quam apud nos Romani. Itaque non solum transfugere ab eis ad nos fratres nostri omnino nolunt, sed, ut ad eos confugiant, os relinquunt.»